

Pero así como Francisco sabía prestarse á las intenciones de sus Príncipes, así también sabía sostenerse y mantenerse firme aun contra ellos, cuando era necesario. Enemigos secretos de su casa previnieron con negras calumnias el espíritu del Duque de Nemours contra él y contra sus dos hermanos Bernardo y Juan de Sales. De las prevenciones el Príncipe pasó al disgusto y de este á la indignación; por último, las cosas llegaron á tal punto que el Obispo creyó deber, mientras esperaba una ocasión de justificarse, retirarse con sus dos hermanos al castillo de Sales. Pero habiendo vuelto en la Cuaresma á Annecy, llevado por el sentimiento de su deber, y encontrando aún los espíritus más envenenados que nunca, creyó que ya no era tiempo de callar. Escribió al Duque de Nemours una carta digna de los Ambrosios y Basilio, en donde se revela la firmeza de un apóstol y la santa libertad de un Obispo (1).

«Los Papas y los Príncipes, le dice, tienen tribunales de justicia á donde remiten las acusaciones para que sean examinadas á fondo, y para que, oyendo á las partes y los testigos, se pueda conocer de qué lado está la verdad ó la mentira; esta es una marcha que están obligados á seguir bajo pena de condenación eterna, y si así no fuera, no habría ya justicia en la tierra. Habéis recibido acusaciones contra mis hermanos y habéis hecho bien en oírlos; pero si las habéis creído, me perdonaréis, á mí que soy no solo vuestro fiel servidor sino aun vuestro más amante aunque indigno pastor, que os diga que habéis ofendido á Dios y que estais obligado á arrepentiros, aun suponiendo que las acusaciones sean verdaderas; porque no se puede creer ninguna palabra contra el prójimo sin estar probada, y no se puede probar sino por medio del exámen y oyendo á la parte interesada. El que os hable de otra manera, Monseñor, hace traición á vuestra alma. Por dignos de fe que sean los acusadores, siempre es pre-

(1). Carta CCCXXII.

«ciso que los acusados sean admitidos á defenderse, pues los hombres más dignos de crédito pueden engañarse ó ser arrastrados á engaño por algún motivo humano.»

Escrita esta carta, el santo Obispo, siempre prudente y temiendo mezclar con la firmeza de Obispo la inspiración del disgusto, creyó de su deber, antes de enviarla, dirigir otra á su amigo el presidente Favre, para pedirle su consejo. «La indignación del Príncipe, dice en esta carta (1), es muy sensible para mí que le soy tan adicto, y que tan deliciosamente he disfrutado en otro tiempo de su bondad. Muchas gentes matan, asesinan y encuentran un refugio en su clemencia; mis hermanos no hacen mal á nadie y pesan sobre ellos sus rigores. Nos preguntan qué mal nos hacen; pero arrebatarlos el favor de nuestros Príncipes, es arrebatarlos el mayor de todos los bienes. El Duque cree todo lo que se le dice y se indigna. Se toma por un crimen el que me amen..... Pero callemos..... vendrá un día que amarme no será un motivo de reconvencción para nadie.» El Presidente aprobó la carta y fué enviada. Poco á poco la tempestad se calmó, penetró la luz en el espíritu del Príncipe, que acabó por volver su gracia á una familia que le era tan adicta.

La firmeza episcopal del santo Obispo no fué menos notable en una diferencia que tuvo con los habitantes de Seynel.

Esta parroquia tenía costumbre de pagar el diezmo al cabildo de Ginebra, cuando un día á sus habitantes se les ocurrió reemplazarlo por treinta fanegas de trigo y sesenta arrobas de vino, lo que era una compensación muy escasa. Francisco, afligido con esta injusticia, que perjudicaba á los derechos de su cabildo, ya tan pobre que carecía de lo necesario, intentó por todos los medios de dulzura y conciliación volver á la razón á estas gentes extraviadas por la avaricia. Todo fue en vano; cuanto más les habló de arreglo, más se obstinaron. Dió órdenes y condenó

(1) Carta CCCXXI.

con censuras, pero no hicieron de ellas ningun caso. Les envió á uno de sus sacerdotes mas recomendables por su talento y su virtud, el señor de Roges, vicario general y provisor de la diócesis, y las mujeres, ese sexo tan facil de impresionarse, segun observa el santo Obispo, se amotinaron contra el enviado, y quisieron arrojarle al Ródano, escapando este buen sacerdote con trabajo de su furor. Viendo entonces inutilizados todos sus esfuerzos, Francisco creyó debia recurrir á la autoridad secular para someter por la fuerza á estos espíritus obstinados y rebeldes. «Me afligiria, escribia con este motivo al Presidente del parlamento de Borgoña (1), si no se reprimiera esta violencia, porque crecerá cada dia mas; y me afligiré tambien si se reprime, porque estos rebeldes son mis diocesanos y mis hijos espirituales. Sin embargo, creo que es necesario corregirlo, porque los hijos á quien son inútiles las demostraciones, tienen necesidad de ser castigados para enmendarse, y vale mas que llore su afliccion temporal que su perdicion eterna. Esta insolencia es demasiado pública para que pueda ser disimulada, de mucha consecuencia para dejar de ser castigada, demasiado peligrosa para no ser reprimida: remitiéndome, sin embargo, á vuestra prudencia, os suplico hagais de modo que mi iglesia conserve sus derechos y que estas gentes cumplan con su deber.»

Francisco no tuvo menos que sufrir de la injusticia de los hombres en la adjudicacion de los beneficios. Habiendo venido un caballero orgulloso de su alta nobleza, un dia á pedirle un curato vacante para un eclesiástico al cual protegía, le contestó que se habia impuesto la ley de no dar los beneficios sino por oposicion, y que si su candidato lo ganaba tendria mucho gusto en nombrarle. Irritado con esta respuesta este señor, de un carácter brusco, dejó estallar su cólera contra el santo Obispo; lo acusó de doblez é hipocresía, y le amenazó con hacer sentir á sus mismos

(1) Carta CCCXXIII.

parientes el peso de su venganza. A estas palabras ofensivas, el hombre de Dios se contentó con oponer de tiempo en tiempo algunas palabras graciosas para tratar de calmar tanto furor. El caballero, en vez de calmarse, se burló de estas palabras suaves, que llamó lisonjas melosas, buenas á lo mas para adormecer á las mujeres y á los niños. «Pues bien, dijo Francisco, voy á examinar delante de vos á vuestro protegido.» Este, que conocia su incapacidad, no quiso consentir en ello. «Pretendereis, dijo entonces Francisco al caballero, que con los ojos vendados confie el cargo de las almas que estan bajo mi direccion? Mirad si hay justicia en vuestro modo de proceder.» Habiéndose retirado al fin el señor, despues de haber seguido vomitando un torrente de injurias, un sacerdote presente á la escena preguntó al santo Obispo, cómo habia podido soportar con tanta calma tanta indignidad. «Es que no era él quien hablaba, contestó, sino su pasion; Dios ha visto desde toda la eternidad que tendria esta afrenta que sufrir, y ha querido que la sufriese con paciencia; ¿y acaso no conviene que beba amorosamente el cáliz que me viene de la mano de padre tan bueno? ¡Oh! cuán agradable me es este caliz embriagador, viniéndome de una mano que he aprendido á adorar desde mi infancia! (1)— Pero, añadió el eclesiástico, habeis permanecido insensible.—He procurado distraerme, contestó Francisco, me he ocupado en pensar en las buenas cualidades de este hombre, segun mi práctica de considerar siempre lo que tienen de bueno las personas que me ofenden y nunca lo que tienen de malo ó defectuoso (2); espero que, cuando su mal humor haya pasado, cuando se hayan disipado estas nieblas y vuelva á aparecer la luz del dia, volverá á verme con serenidad.» Así sucedió en efecto; el caballero concibió tan gran sentimiento de su falta, que fue

(1) *¿Calicem quem dedit mihi Pater, non bibam illum?* (Joan. XVIII, 11.) *Calicem meus inebrians, quam præclarus est!* (Ps. XXII, 5.)

(2) Juan de S. Francisco, p. 706.

con las lágrimas en los ojos á pedir perdon al Obispo, y no cesó hasta la muerte de manifestarle su estimacion y afecto (1).

La misma causa reprodujo, por el mismo tiempo, una escena semejante con circunstancias aún mas penosas. Un comendador de la órden de Malta, distinguido por sus servicios militares, despues de haber hecho ordenar sacerdote á uno de sus criados en otra diócesis, pensó pedir para él un curato vacante. Francisco, fiel observador de las reglas canónicas, sometió al concurso al protegido como á los demás candidatos; habiendo el concurso descubierto en él una ausencia deplorable de ciencia y virtud, proveyó el curato en otro sujeto al cual los examinadores habian juzgado mas capaz. Al saberlo el comendador, furioso se dirige al palacio del Obispo, prorumpe en quejas é insultos hasta cojer violentamente al santo prelado por la barba, diciéndole con un tono de cólera: «Si no fueras Obispo te enseñaria á respetarme; pero si no has tenido consideracion á mi clase, al menos deberias haber respetado la cruz que llevo.—Señor, contestó el Obispo con un tono dulce y una sonrisa modesta; ¿cómo no he de estar lleno de respeto y de atencion por la cruz, si la llevo como vos y he compuesto un libro en su defensa? Estoy pronto á hacer por ella todo lo que me permita mi conciencia.»

El comendador, despues de algunas instancias hechas con un tono de cólera, viendo que no obtenia nada, tomó el partido de retirarse. El Obispo, siempre atento á pesar de los insultos, quiso acompañarle hasta la puerta de palacio: «Te lo permitiría, dijo este furioso, si me rindieras el honor que me debes; pero si haces tan poco caso de mí, no quiero tus cumplimientos.» Habiendo entrado un religioso poco despues de esta escena en la cámara del Obispo, y habiéndole preguntado lo que habia experimentado en medio de este ataque de desprecios y ultrajes cuyo ruido habia oido fuera: «Os aseguro, le contestó, que no me

(1) *Espíritu de San Francisco de Sales*, p. XIV, sec. XXVII.

»he alterado nada; Dios ha trasportado mi espíritu á otra parte, y no he puesto atencion á lo que decia, ocupado en otras cosas; no he perdido nada de mi tranquilidad; *»et factus sum sicut homo non audiens et non habens in ore »suo redargutiones.* Me he considerado como un hombre que no tiene ni oídos para oír ni lengua para responder.» (1) Mas habiendo aquella noche entrado dentro de sí el comendador, reflexionó sobre su conducta y la del santo, conoció su yerro, fue á pedirle perdon, y desde este dia tuvo al hombre de Dios en singular veneracion (2).

Los bellos ejemplos que cada dia daba Francisco de todas las virtudes, inspiraron al predicador de la mision de la Cuaresma, en Annecy, un elogio entusiasta del santo prelado en su discurso de despedida. «¡Cuán felices sois, »esclamó, habitantes de Annecy, en gozar de la presencia »de un Obispo tan santo! Sed imitadores de sus virtudes, »porque es un santo; sí, lo repito, vuestro Obispo es un »santo, y se le puede aplicar lo que la reina de Sabá decia »de Salomon: Bienaventurados los que están siempre cerca de vos y oyen vuestra sabiduría.» A estas palabras Francisco, bajando los ojos, se llenó de confusion, y el resto del dia se manifestó muy triste. Habiéndole preguntado el predicador por la noche la razon de su tristeza, que no comprendia: «Me aflijo, padre mio, contestó, de »que habiendo predicado tan bien toda la Cuaresma, lo ha- »yais echado á perder hoy con vuestras alabanzas y adu- »laciones. ¡Ay! si conociérais mis miserias, hubiérais em- »pleado un lenguaje muy diferente.» (3) Precisamente por esta época, los elogios que el santo Obispo no queria oír eran repetidos por todas las bocas mas altamente que nunca. Habiéndose hecho la escasez de granos extrema en el año de 1615, compró para los pobres vergonzantes una cantidad considerable de trigo, hizo distribuir dos dias á

(1) Ps. XXXVII, 15.

(2) Carlos Aug. p. 455.—Filiberto de Bonneville.

(3) *Año Santo de la Visitacion*, 21 de abril.

la semana abundantes limosnas á todos los menesterosos que se presentaran á su puerta sin perjuicio de lo que daba los demás dias, estando señalado cada uno por algun acto heróico de caridad.

CAPITULO IV.

Francisco establece á los Barnabitas en Thonon y nombra vicario general á su hermano Juan Francisco.—Recibe la visita del Arzobispo de Lyon y es calumniado de nuevo al Duque de Saboya.—Nuevos rasgos de su caridad.

(De 1615 á 1616.)

Francisco, comprendiendo la influencia que tienen las grandes ciudades sobre los pueblos que las rodean, que concurren á ellas con frecuencia para sus negocios y placeres, procuraba reunir en Thonon, capital del Chablais, y por tanto tiempo centro de la herejía, todos los auxilios de la religion. Ya habia establecido allí la *Santa Casa*, destinada á tres corporaciones de operarios evangélicos. La primera era una congregacion de siete sacerdotes piadosos é instruidos, encargados de las funciones parroquiales y del Oficio divino propio de los cabildos; la segunda era una comunidad de Capuchinos, que debian dar continuas misiones en todo el país; la tercera debia ser una sociedad de sacerdotes consagrados á la educacion de la juventud. Para la ejecucion de esta última medida, la única que le quedaba por consumir, Francisco eligió á los Barnabitas, á los cuales veia trabajar diariamente con tanto éxito en Annecy. Lo consultó con Don Guerin, y este religioso, mediante la concesion de ciertos derechos y beneficios, se comprometió á nombre de su órden á sostener el colegio, dar lecciones al pequeño seminario, á enseñar, si se creia oportuno, la filosofía y la teología, á celebrar los santos Oficios en la iglesia de San Agustin, y á confesar, predicar y catequizar en todas partes donde fuera necesario. Así arreglado este convenio y firmado por una y otra

parte, el Obispo envió á Don Guerin á que lo llevara él mismo á la corte de Turin; y el Duque, no contento con aprobarlo, encargó á su Embajador en Roma lo hiciera ratificar por una bula del Soberano Pontífice.

Esta bula no se hizo esperar mucho, y ya el mes de setiembre, el Obispo fué á Thonon á dar á Don Guerin posesion del nuevo colegio y de la iglesia de San Agustin. El mérito de los nuevos religiosos resplandeció bien pronto; la fama publicó por una parte la escelencia de su enseñanza, su celo inteligente y desinteresado por el bien de los alumnos en el colegio; por otra, el éxito maravilloso de sus predicaciones en el púlpito fué para la ciudad de Thonon ocasion de una gloria legitima, para todo el Chablais un continuo apostolado, para los religiosos mismos una preciosa ventaja por las ocasiones de méritos que recogieron en esta casa y estendieron mas tarde por toda la Francia. Estos felices resultados despertaron la envidia de algunos personajes, y la envidia suscitó la calumnia; pero estos discursos falsos, lejos de oscurecer la virtud de los Barnabitas, hicieron que apareciera mas brillante. El Papa, á cuyo tribunal habian llevado sus quejas los acusadores, remitió el negocio al Duque de Turin; este al mismo Don Guerin cuya inocencia y probidad conocia; y habiendo las declaraciones de este santo religioso manifestado la verdad en toda su luz, el Papa, para ponerlos á cubierto de los dardos de la envidia, los tomó bajo su proteccion, al mismo tiempo que Francisco, seguro de su inocencia, los recomendaba al alto patrocinio del Duque de Saboya y del Cardenal de este nombre (1), y confiaba á su apostólico celo las diversas poblaciones del Chablais.

El santo Obispo, durante su estancia en Thonon, supo que debian surgir algunas dificultades en el concurso que se preparaba en Annecy para la oposicion de los curatos, y escribió á su hermano, Juan Francisco, canónigo de la

(1) Carta CCCLVI.